

LA POESÍA DE JULIAN MARCHENA

Francisco Marín Cañas

El Poeta no es de hoy, de ayer o de mañana, como se ha puesto en moda decir. El Poeta es un mito en la perenne recreación de la poesía y, como ésta, eterno. Sólo su aparición cuenta en un sentido calendario. El Poeta, pues, únicamente es medible por sus propias longitudes expresivas, al margen del tiempo y las modas; y el "ya no se escribe así" o el que "se escribe así", obedece a una escala de valoraciones que en lo absoluto incluye lo ya escrito; es decir, una facultad de "estar al día", sin nada en común con la "condición de ser" del Poeta.

En el propio el Poeta es, además, la única razón del fenómeno mismo de su evolución; de la cualidad evolutiva, o no, de su poesía; perfección creativa, audacia, tensión u hondura conceptual, frescura y lucidez de la forma. Poetas ha habido de muchos "modos", y poetas de uno solo. No importa. Todo eso es algo sumamente individual. Lo que en todos suele haber es, a todos, y un carácter, válido por todo; lo único válido, en fin de cuentas.

Desde el punto de vista del carácter de su poética, Julián Marchena es un grande y legítimo expresor de la Poesía. De sus manos ha salido, prístino, duro, tallado con la perfección de un diamante y con su misma calidad, el mejor soneto, quizá, de toda América: "Vuelo Supremo".

Y con éste, otros más de gran aliento y suma perfección, engrazados como florones en la corona de formas poéticas que le consagra entre los mejores del continente. De Marchena se ha escrito mucho. Más que entre nosotros —apáticos, indiferentes por naturaleza—, lejos de nosotros: en Centro y Sud América, en México, en España. Sus obras han estado incluso a punto de ser olvidadas por otros, en provecho de la gloria de la lírica de otros países. Y esto no se intenta hacer sino con valores definitivos.

Y hace algunos años, al descubrirle a través de su libro, María Enciso escribió una carta emocionada. Veía en la obra de Marchena cosas que nosotros no hemos sabido ver: "Pero más destacaba Poeta es —dice ella— donde dibuja el alma inanimada de las cosas; en las descripciones de paisajes que penetran en nuestros sentidos dulcemente, como una maravillosa visión de quietud y paz". Cita el "Anochecer Campestre": "Cuando la tarde muere y soñolientos — van hundéndose en sombras los caminos — se duerme entre las irondas ya sin trinos — el alma vagabunda de los vientos".

Luego destaca la soberbia pincelada, como de aguafuerte, con que Marchena ha estampado la silveta desolada del árbol viejo: "Hongo afelpado su corteza viste — y cuando el sol, ya agonizante, es triste — en medio del ambiente silencioso — destaca su esqueleto en el ocaso —

"Cuando el día ya no es día
y la noche aún no llega
—perfiles desdibujados,
cielo azul de luces trémulas—,
por las rutas del ensueño
van rodando las carretas.

Y si a lo largo del viaje
algún riachuelo atraviesas,
bañándose en agua con luna
—flecos de plata en las ruedas—,
y sus enhiestos paralelos
dialogan con las estrellas".

Ella no sabe dónde habrá situado Julián Marchena estas carretas cantarinas. Su corazón le hace añorar "lejanas, chirriantes, musicadas carretas, vagando por los caminos gallegos". Señala luego en su poesía una ligera semejanza con la sutil evocación de Juan Ramón Jiménez:

"El valle tiene un ensueño
y un corazón; sueña y sabe
dar con su sueño un son lánguido
de flautas y de cantares.

Mi corazón ha soñado
con la ribera y el valle,
y ha llegado a la otra orilla
serena, para embarcarse."

"Poeta de la soledad y del recuerdo, poeta de las soledades del campo y de la soledad consigo mismo, pleno de vida interior y de expectante visión hacia las magnificencias del paisaje —concluye— esa mezcla de anhelos, añoranzas y horizontes es la estructura lírica de Julián Marchena."

Estructura, sí, de gran poeta (mar, cielo, soledad, quietismo, mística de la imagen) todo ello de un paisanismo andaluz indubitable, olvidado, superado, pero vigente aún, con el de Moguer. Paisanismo de una modernidad y una hondura de la que quizá ningún otro entre nosotros podría ufanarse con tan legítimos tintos de originalidad e independencia, que si alguno conoce la poética de Marchena es el servilismo de la imitación o de la copia. Paisanismo del Moguer de Huelva cuando ha escrito: "Un reloj da las seis y a un tiempo mismo — se ensombrecen el alma y el paisaje"; o cuando escribía cosas como éstas: "Risa de niño que no va a la escuela" (pincelada de gran acuarelista, genial en la brevedad del trazo) o bien: "Cada minuto dura dos", (calor, eternidad pasajal dominiguera), con todo el aliento de "lo universal" a la manera del andaluz —por no decir "lo barroco", que resulta siempre algo pedante—; universalidad del tiquismo poético de Marchena, aparentemente apátrida, que sin duda le hemos aquí menospreciado.

El se ha arañado en razones, no cabemos hasta qué punto de videntes, para no volver a tomar su pluma. Lástima! Porque sólo con que pasera oídos notaría cómo de repente, y de donde menos se piensa, brotan sin cesar sus versos, vivos y feraces, aquí o allí. De unos hablos que reafirman la patria de esta hermosa, rica, nacida obra lírica, siempre presente a nuestra admiración para su atención y respeto.

Domingo rural

Mientras zumban las moscas con desgana
y el sol en cada hoja es lentejuela,
por el ambiente matinal revuela
un loco parloteo de campana.

Traje vistoso de la moza aldeana,
risa de niño que no va a la escuela;
el paño de billar de la plazuela
mucho más limpio está que entre semana.

Cada minuto dura dos. Senoro,
como un lejano trueno, muge un toro
para llamar a los ocultas hembras.

Y a tono con la traza campesina
adorna la mitad de la celosa
el delantal a cuadros de las sémbras.

Julián Marchena

Dolor Fiel

Los años —¿pocos? ¿muchos?— que me resta
vivir, ¿serán de pena o de alegría?
Mejor no despertar la fantasía
pues antes que pregunta soy respuesta.

Sobre mi corazón se manifiesta,
a pesar de su franca lozanía,
un aire vago de melancolía
como de sala donde hubo fiesta.

Fue corto el trecho y me parece largo
ocaso por lo sombra y por el frío
tuve un amor efímero y amargo

y desde entonces casi no sonrío...
Se va mi juventud, y, sin embargo,
por nada cambio este dolor tan mío!

Julián Marchena

Escucha, peregrino...

No aligeres el paso, peregrino,
que tu pupila con desprecio vea;
de todo lo que ahora te rodea
nada thallará de nuevo en tu camino.

Así como del agua es tu destino,
y en busca de quietud, que es lo que crea,
hazte flemoso con tu propia idea
antes de darle vueltas al molino.

No desdénas la flor por ser pequeña.
Dulcemente del dolor que no se enseña
y del pecho sin fe, que es roto nido.

Y sin hacerle muecas a la suerte,
aguarda a que el soplo de la muerte
te apague, como al sol, sin hacer ruido...

Julián Marchena

El loco

Para librarme de la prosa vana
y contemplar de la ilusión el vuelo,
me paso largas horas de desvelo
asomado en silencio a mi ventana.

Hundo mis ojos en la noche arcana
y mientras sorben plenitud de cielo,
toda la inmensidad, cómo mi anhelo,
de magníficos astros se engolana.

En una noche de imborrables huellas
en que, absorto en mi viaje a las estrellas,
las miraba atermosarse poco a poco,

cortó las alas a mi fantasía
la voz de un rapazuelo que decía
—Allí, en esa casa, vive un loco!

Julián Marchena

Canción sin fin

La tarde gris, que ahonda pesadumbres,
en algodón de nubes se encapota,
mientras la lluvia pertinaz azota
el tambor de metal de las techumbres.

Apenas se adivina por vislumbres
el sol, —oculta lámpara remota—,
y como tenue vestidura rota
la bruma envuelve las lejanas tumbres.

La visión del opaco atardecer
antójease un dibujo a medio hacer...
y al escuchar un pájaro escondido

que en el ramaje llora una romanza
pienso en mi amor, que vive de esperanza
y siempre canta aunque no tenga nido!

Julián Marchena

Agonía

La del crepúsculo en vaga luz se anega
cuél sol, al caer, tansura el horizonte.
Vubres errátiles hacia un lejano monte,
lafulgor de astros por el azul se riega.

El de la tarde su dos alas despliega
algar su llanto musical un instante.
Pautos la sombra se extiende en su remente
y se hace noche cuando la noche llega.

M
a
r
c
h
e
n
a



Nota al pie de "Alas en Fuga"

ARTURO ECHEVERRÍA LORIA

Ha publicado la Editorial Costa Rica, la segunda edición del libro de poesías de don Julián Marchena: ALAS EN FUGA. Trae esta un prólogo del Profesor Arturo Agüero y una madera en la portada del artista Francisco Amighetti.

Don Julián Marchena ha sido uno de los poetas más discutidos, si algo se discute con seriedad de nuestra tierra. Desde que publicó su soneto cumbre: VUELO SUPREMO, don Julián ha sido combatido como poeta; lo han acusado de plagio y le han rastreado por todas partes influencias para quitarle valor a su producción. VUELO SUPREMO a pesar de todo, sigue incluído su vuelo sobre los críticos y los envidiosos. Es esta composición de una gran emotividad y por el tema profundamente romántico y lleno de nostalgia como es el de viaje y la aventura, se abrió camino al corazón de nuestro pueblo y éste, ya condecoró a su poeta con el cariño y la admiración más acendrada.

Falta a la verdad el poeta que no quiera tener su público. Se escribe en la soledad y el silencio del recogimiento

que invita al trabajo intelectual, pero se escribe para el coro, para el pueblo. Ya don Julián Marchena tiene su coro, un coro inmenso que lo admira y quiere: el pueblo. Los que andan por las calles y no saben si lo escrito está bien o mal, conforme a los dictados de la estilística, son intuitivos y encuentran la voz poética sin necesidad de recurrir a los libros. El Poeta y el pueblo se identifican por creadores. Por hacedores del material que servirá a los críticos y a los escritos, para dar conferencias y escribir ensayos que los llevaban por los menos a la Academia y eso porque han despreciado un poema y le han buscado antecedentes y versiones por por escribir de lo que se influye pero nunca se encuentra: La Poesía.

Tiene que pasar mucha agua bajo el puente de los poemas. Tiene estos que ser pisoteados en la calle, manchados por los elementos: el fuego, la lluvia, el polvo y la ceniza mezclarse con la muerte y la resurrección de las cosas vitales y humanas, para adquirir validez de eternidad.

Ya don Julián tiene su obra juzgada. No soy crítico. Solo señalo la ruta de su destino poético que ya está en manos del pueblo.

El árbol viejo

Yergue sobre el camino polvoriento
su figura sin flor y sin follaje;
entre sus ramas, como en un cordaje,
aún se puebla de músicas el viento.

Aferrado a la tierra, corpulento,
diríase, en la calma del paisaje,
un peregrino de haraposo traje
que se detuvo a relatar un cuento...

Muigo afelpado su corteza viste,
y cuando el sol, ya agonizante, es triste,
en medio del ambiente silencioso

destaca su esqueleto en el ocaso
como el lecho de un río caudaloso
que un crayón dibujó con firme trazo.

Julián Marchena

El parnasianismo de Julián Marchena

Adolfo Ortega Díaz

La ubicación no es nuestra, sino de Enrique Macaya Lahman, el maestro a quien habrá que citar más de una vez al hablar de la poesía de Julián Marchena. Un parnasianista, y de los más legítimos. Un cincelador y burilador del verso, sin que tal virtud lo haga amanerado ni le quite vuelos a su espíritu. Entre nosotros se ha hecho manida la frase de que la forma amula el fondo. Y así, nublada la vista por este prejuicio, se ha llegado al absurdo de calificar de poetas formales a quienes se preocupan y ocupan de enmarcar en oro las ideas poéticas.

En nuestra lengua muchos grandes poetas siguieron el derrotero de los parnasianos, entre ellos el más grande, Rubén Darío. Entiéndase a la escuela, "sino que limitándose a seguir la moda en algunas poesías, continuando después por su propia inspiración y camino". No podía ser de otra manera, porque nuestra lengua sufría angustioso y la renovación llevada a cabo por Darío tenía que llegar mucho más lejos.

Por eso en el título de estas líneas no hemos hablado de Marchena como parnasiano, sino de su parnasianismo, en cuanto a la perfección, nitidez y elegancia de sus versos. Sobre todo, es uno de los mejores sonetistas de América y de nuestro tiempo. En esto, Enrique Macaya Lahman lo compara, nada menos, con Heredia. Nosotros también creemos que como los del francés, los sonetos de Marchena son verdaderos trofeos.

Pero ya es hora de escuchar su grata música:

La tarde muere callada
como una novia olvidada.
A flor de mar soñoliento
un ave sin rumbo vuela
como un pedazo de vela
que hubiese arrancado el viento.

Junto a los barcos mecidos
en una suave canencia,
luces de fosforescencia
semejant astros caídos.

Un soneto magistral encierra toda la maravilla de lo que un gran poeta hispanoamericano llama "la inútil belleza". El árbol viejo se titula este soneto, cuyo primer cuarteto dice:

Yergue sobre el camino polvoriento
su figura sin flor y sin follaje;
entre sus ramas, como en un cordaje,
aún se puebla de músicas el viento.

El soneto El toro está redondeado por este terceto final:

Y cuando el campo esta como dormido,
lanza la ronca "u" de su mugido
cual si soplara por sus propios cuernos.

El Prisionero tiene logros magníficos:

rumiando tristemente su celibato crónico
los bueyes taciturnos apasionan la gleba.

Sobre la fronda húmeda que brillantó el rocío
miro sugerir de pronto blanca paloma en vuelo,
y al borrarse a lo lejos, entre un claro
de cielo, ya no sé si es paloma o pensamiento mío.

Sus ensoñaciones dejan a veces un regusto de melancolía,
como en estos versos a la sordina del poema Interior....:

Dácil como a la brisa de débil junco,
mi pensamiento en nada se detiene;

por eso en mi existencia todo sigue
algo de mármol roto o vaso irónico.

También en Visión de Iejania, gotea cierta
angustia desértica:

Aunque parezca ilógica
esta verdad vivida,
se muere varias veces
en la vida!

Quisiéramos copiar enteros sus poemas, para dar idea completa de este exquisito portafolio. Pero no cabría en un artículo que forzosamente debe reducirse a términos escasos. Valdría la pena copiar íntegro el soneto Inmortal, de belleza eílesa. Conformémosnos con sus dos tercetos:

Risco será tal vez, acaso espuma,
enhiesta palma o imprecisa bruma...
Y si mañana es polvo no más, quiero
que ese polvo final de mi destino,
se tienda dócilmente en el camino
hasta que lo recoja un alfarero.

También nos hizo notar Macaya que Marchena es el primero de nuestros poetas que se sale del clásico marmóreo para dar un salto feliz hacia el romance, el cual, según don Antonio Machado, se presta más que ninguna otra forma para expresar poesía. De aquel salto feliz de Marchena nació el precioso Romance de las carretas. No lo analizaremos. Con leerlo basta para que el espíritu más sordo quede deleitado.

Un día, en su oficina de la Biblioteca Nacional, encontramos a Marchena preocupado, poniéndole letra a una música de su sobriño. No nos quería enseñar lo que había escrito, poniendo de pretexto que él no sirve "para hacer versos en mangas de camisa"... Sin embargo, accedió a nuestra súplica y nos lo mostró. Era una bella balada que, a ruego nuestro, publicó en LA NACIÓN. Su afán de perfección, su amor a la belleza pura, lo llevan a calificar de "versos en mangas de camisa" a los que no son producto del cincel o del buril. Y quisiéramos que en todos los poetas privara esta idea, no para resultar amanerados, sino para no apartarse de las normas milenarias que rigen el arte, desde que Pitágoras se extasiara escuchando la música en las esteras. En la poesía, como en la música, hay una batuta oculta que empuja las matemáticas.

Pero dejémosnos de digresiones y volvamos a Marchena. Hemos dicho que Enrique Macaya Lahman lo compara con Heredia, el de Los Trofeos. Y poniendo atención a Macaya y evocando al líbico francés, no resistimos la tentación y copiamos íntegro este soneto rey que sólo con las Anforas de Epícuo, de Darío, con Pesca de Sirenas, de Juan Ramón Molina, y con algún otro de otro gran poeta americano, puede compararse en nuestra lengua y que se titula Vuelo Supremo, digno de figurar en la poesía eterna.

Quiero vivir la vida aventurera de los errantes pájaros marinos; no tener, para ir a otra ribera, la prosaica de los caminos.

Poder volar cuando la tarde muera entre fugases lampos ambarinos, y oponer a los raudos torbellinos el ala fuerte y la mirada fiera.

Huir de todo lo que sea humano; embriagarme de azul... Ser soberano de dos inmensidades: mar y cielo.

Y cuando sienta el corazón cansado, morir sobre un peñón abandonado con las las abiertas para el vuelo.

Balada

en el paisaje de desolación,
como lluvia policroma de luces
desgránase en arpegios mi canción.

¡Qué más da que se pierda en una ráfaga
sin que nadie supiera que existió!
En la fortuna o en la adversidad,
en la alegría como en el dolor,
hasta el instante en que deshecho en música
en ella se me vaya el corazón,
o pesar de saberla tan efímera
he de seguir cantando mi canción.

Julián Marchena

Tere Amorós

Como los ángeles, dile
como los ángeles.
ANONIMO.

Relampaguean juntas su mirada
y la entreabierta flor de su sonrisa,
mientras su grácil planta se desliza
como por los arcángeles llevada...

Se adormila el deseo
y a favor de una ráfaga se cuela
un neto repicar de castañuela
y un rítmico vibrar de taconeo.

Lo que sólo fue ayer, ya está lejano.
Las cosas hablan como a media voz.
Fluye el tiempo veloz:
casi se don la mano
bienvenida y adiós.

Soñar vale la pena aunque sea vano,
Tere Amorós.

Julián Marchena

Nota aclaratoria: este material ha sido modificado de su versión original para su restauración y conservación